



EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis meses, y 34 año en provincias.

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

¿No os pedía el cuerpo Banco Hipotecario?

Pues ya teneis Banco Hipotecario.

Ya estarán contentos Zorrilla y sus filisteos.

Entre estos filisteos no se cuentan los cimbros, que andan hace dias de monos con el señor de Tablada y le están poniendo tranquilas sin más que la sana intencion de que tropiece y se rompa las narices.

Porque los señores políticos son así.

Tan pronto están á partir un piñon, como tratan de partirse unos á otros por el eje.

El que ya está tan partido que no puede más es el país.

Pero tanto les importa á ellos del país como á mi de que le pique una pulga al emperador de la China.

Lo que ha dado en llamarse cuestion Hidalgo sigue en pié, aunque segun las trazas, me parece que no tardará mucho en empastelarse, de modo que todos queden contentos.

Es lo mejor.

Aquí ya no podemos hacer nada más que pasteles, con que háganse como se pueda y que aprovechen.

A propósito de este asunto hubo en el Congreso una discusion ó cosa así, que francamente hemos leído con dolor.

¿Qué triste posicion la de un presidente del Consejo de ministros, que tiene que levantarse en el banco azul á decir que acepta la insurreccion y que la proclama buena, y que los que la hicieron le parecen unos santos varones!

Y ¡si mañana estallara una contra el Sr. Ruiz Zorrilla, que todo podría ser, y de menos nos hizo Dios?

¿Diria lo mismo S. S.?

¡Ah! No. Sublevarse para que suban los progresistas y se llenen de títulos y honores y se repartan el presupuesto, es una cosa muy santa y los que lo hacen deben ser canonizados.

Pero sublevarse contra los progresistas es un crimen de lesa nacion, y no hay castigo bastante para él.

Esta doctrina será todo lo disparatada que se quiera, pero nadie me negará que es lo más liberal que se conoce.

Tambien el Sr. Navarrete nos ha de permitir que le digamos que eso de reconocer como sagrado el derecho de insurreccion, es un poco fuerte en un capitán de artillería.

Si á sus soldados les diera por tomar al pié de la letra las doctrinas de su jefe, podrian dar un mal rato al diputado federal.

En cambio otro artillero, el Sr. Vidart, á fuer de demócrata y filósofo se descolgó llamando *irracional* á la ordenanza, que al fin y al cabo es una ley, que le obliga, y exponiendo aquella teoría de la obediencia debida, que será muy democrática y muy filosófica y todo lo que se quiera, pero nos parece poco á propósito para mantener en el ejército los lazos de la disciplina y de la subordinacion, ya por desgracia bastante relajados.

Pero en fin, así lo quieren los señores, y no hay más que aguantarse por la buena y tragar progreso, que á esto le llaman progresar, aunque nosotros creemos que si seguimos mucho tiempo *progresando*, vamos á llegar al estado salvaje, con nuestro correspondiente taparrabos, y un plumero en la cabeza para mayor decoro.

Tengo que elogiar á un jefe de los carlistas de Cataluña.

Han de saber nuestros lectores que uno de los cabecillas que por allí andan ha pasado una comunicacion á varios alcaldes, mandándoles que sin pérdida de tiempo paguen sus atrasos á los maestros de escuela.

Avergonzaos, radicales.

Lo que no haceis vosotros, que os decís tan amigos de la ilustracion y de las luces, tiene que hacerlo un defensor del oscurantismo.

¡Y que de esta hecha cobran esos maestros!

Porque, eso sí, los cabecillas carlistas son mucho mejor obedecidos que las autoridades del gobierno radical.

Y si no, véase con qué regularidad cobran las contribuciones!

Hace ya ocho días que los periódicos ministeriales están engañando á los catalanes con la esperanza de que les van á quitar de allí al Sr. Baldrich.

Y el Sr. Baldrich aún continúa mandando, es decir, mandando no, porque en Cataluña él manda poco, pero, en fin, cobrando por mandar en el Principado.

Como es un consecuente liberal, se opondrá la Tertulia á que lo quiten, aunque ya ha demostrado hasta la saciedad que no sirve para el caso.

Es muy particular lo que con este señor sucede.

Nosotros estamos seguros de que si mandara una partida, se reiría impunemente de treinta batallones, y con treinta batallones no puede acabar con una partida.

Y cuidado que las tales partiditas van ya picando en historia.

Todos los días las derrotan.

Hay cabecilla á quien han deshecho ya sesenta veces.

Lo cual no le impide seguir imponiendo contribuciones á los pueblos.

La persecucion no puede ser más activa, segun dice la *Gaceta*, y, sin embargo, la guerra no se concluye.

Propongo una cosa.

Que dejen de perseguir á las partidas.

Ya que perseguirlas no da ningun resultado, puede que no persiguiéndolas se acaben. En todo caso, lo más que puede suceder es que sigan como hasta ahora, y siempre nos ahorraremos los zapatos de los soldados.

Recuerdo que al subir al poder el actual ministerio, nos dijo *El Imparcial* que la guerra se concluiría sólo con tocar el himno de Riego.

Pero, por lo visto, ó no lo han tocado, ó los facciosos son menos flarmónicos de lo que pensaba nuestro colega.

La semana se ha pasado sin ningun nuevo motin, lo cual es casi un milagro.

En Andalucía parece que hubo sus temores; pero segun ha dicho un periódico, todo se redujo á que el general Contreras se habia quitado la barba.

Y lo chusco es que por eso le prendieron, como si no fuera dueño de afeitarse cuando le dé la gana.

Tambien se afeitó el señorito, y no ha sucedido nada de particular.

Pero, por lo visto, los derechos individuales no alcanzan á las caras de los españoles, y al que no lleva barbas lo deben soplar en la cárcel, en cuyo caso no comprendo por qué está en libertad el Sr. Martos.

D. Amadeo está malo. Deseamos que se mejore.

VARIAS INDUSTRIAS

Perdon, arte dramático, perdon vosotros cuantos le cultivais con el entusiasmo del genio; perdon, si al vernos colocados en plena Puerta del Sol, examinando algunas in-

dustrias menudas, nos vemos en el caso de preguntar á más de uno y más de dos de vuestros cultivadores:

¿Quién es? ¿Do va? ¿Qué busca? ¿Qué le trae?

Las personas á quienes se dirigen los anteriores interrogantes se hallan colocadas en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, buscando apoyo á sus espaldas en las puertas del *café Imperial*, y son las mismas que nuestros poetas del siglo xvii pudieron ver y retratar en el mentidero de los representantes.

¿Qué esperan? preguntareis.

Un caballo blanco; un empresario que no los conozca ó un agente que los conozca demasiado.

Por desgracia los caballos blancos van siendo tan raros como el ave fénix; los empresarios de las provincias no forman por la intranquilidad política, y los agentes se ven reducidos á la impotencia.

Por eso esperan en vano los actores sin ajuste; por eso estaban hace un trimestre junto al *café Imperial*, por eso continúan hoy en el mismo sitio y por eso podrán verse dentro de un par de meses conservando su posicion y sus esperanzas.

Si quereis conocerlos, no tenemos más que pararnos un momento junto á cualquiera de los grupos que forman: como la discrecion no suele ser su característica virtud, ellos mismos se retratarán, evitándonos así un trabajo penoso.

—Cuando estaba yo de primer actor en Alicante—dice uno de colosal estatura y envuelto en un gaban milagroso, porque, á imágen de la paciencia de Dios, nunca se acaba—Piedrahita era un mal racionista de mi compañía, que no servia siquiera para hacer buñuelos.

—Pues vaya V. á pedirle hoy un favor...

—Claro: como que su hija la bailarina le ha hecho primer galan del teatro de Barcelona. El empresario gusta de las rubias, y la hija de Piedrahita ha sabido teñirse el cabello muy oportunamente.

—Ese es el teatro, amigo Rebollar: de nada sirve el mérito si no se cometen bajezas.

—¿Pues por qué estoy yo sin contrata? Por haberme negado á hacerle los segundos á Perea. Ya ven Vds., Perea...

—¿Quién? ¿Un cojo que no tiene pelo de barba, y que estuvo de gracioso en el café de Maravillas?...

—El mismo: primer galan hoy en Valencia.

—¿Qué escándalo!

—Pero los valencianos me han vengado: todas las noches le dan su meneo. Ultimamente me ha escrito la característica diciéndome que está sofocada con el tal hombre...

—Pues la tal característica tiene mucho que perder...

—¿Hombre! Ahora se ha reformado, desde que se casó con el violin.

—Pues el hombre ha hecho su suerte: más conocida es su mujer que el *D. Juan Tenorio*.

—Con la diferencia de que *D. Juan Tenorio* gusta siempre; y ella no ha gustado nunca...

Alejémonos del grupo, en donde tan mal paradas quedan todas las reputaciones, y oigamos lo que dicen en el inmediato.

—¿Quién lleva la palabra?

—¿Quién ha de ser? Rebollar: ese hombre que pudiendo contratarse para encender á mano los faroles, se ha obstinado en ser cómico.

—Pues me habían dicho que se iría con Piedrahita.

—Bien se ha bajado Rebollar para conseguirlo, pero el otro le conoce y no le ajustará.

—¿Y de qué vive?

—De lo que debe al mozo del café: almuerza todos los días ahí dentro.

—¿Y le fia el mozo?

—Yo te diré: el mozo tuvo un deudor que era poeta, y al cual sólo consiguió arrancarle un drama en tres actos y un epílogo, titulado *El corazón y las botas*. Rebollar, que sabe vivir, le ha prometido representarle el drama en cuanto le contraten en Madrid, y el mozo, después de arruinarse por el poeta, se está arruinando por el actor.

—Bueno; pero supongo que no hará Rebollar una comida sola.

—Una noche le vi entrar en un bodegón de la Cava Baja, y desde entonces me ha cobrado un aborrecimiento inexplicable. Mira si me aborrecerá cuando, por no hablarme sin duda, ha resuelto no pagarme tres pesetas que puse por él hace nueve años cuando se echó un guante para enterrar á la pobre Eleuteria Rojillo.

—¡Pobre chica! Precisamente cuando iba á casarse con ella, ignorante de toda su vida, aquel abaniquero de Burgos...

—Lástima fué sobre todo para el arte: á no ser gangosa hubiera brillado en el teatro, llegando á ser tan conocida como fuera de él.

Alejémonos. En el primer grupo se quitaba el pellejo á los vivos: en el segundo no se perdona á los difuntos.

Acerquémonos al tercero, en el cual hay una señora;

allí al menos no se murmurará. Precisamente está hablando ella; escuchemos.

• —No, señores; ella habrá dicho lo que quiera; pero precisamente el empresario no me ha dado nunca, ni siquiera los buenos días. ¡Pues bonita es la niña para belenes! Sino que creen que porque una es del teatro, se la puede faltar así... Lo mismo que me pasó en Bilbao, cuando vieron la llave en la puerta de mi cuarto en la noche del *Juan sin Tierra*. ¡Como si una pudiera evitar que hubiera atrevidos!... Mejor hubieran hecho las chismosas del coro en no salir á escena tan escurridas, cuando el público las había visto tan abultadas!...

Huyamos, huyamos: los actores sin ajuste no perdonan ni respetan nada. Desde las alturas del arte han descendido al industrialismo más grosero é improductivo; se entretienen en quitar el pellejo al prójimo sin el menor escrúpulo.

Para ellos nada existe respetable ni respetado y rasgan á su antojo virtudes y méritos.

¡En algo han de pasar el rato!

Si quereis saber misterios de bastidores, acercaos á la esquina del *café Imperial*. Allí sabreis que todas las obras nuevas son robadas; que Ayala, Breton, Tamayo, García Gutierrez, y todos nuestros más notables poetas no saben escribir una redondilla, sino que tienen alquilados á unos cuantos genios de veinte años, que les hacen las obras que firman luego como suyas; allí sabreis que todas las damas del teatro tienen más aventuras que el ingenioso hidalgo de Argamasilla; allí sabreis que los hijos no son hijos de sus padres, ni los padres, padres de sus hijos; allí sabreis que no hay empresario que haya dejado de quebrar fraudulentamente una docena de veces por lo menos; que no hay actor ni actriz que merezca un sólo

VII

Clara y Pedro Lopez entraron en la chalupa.

El equipaje remó vigorosamente.

En diez minutos llegaron al costado del barco.

—Quiero verlo primero por el exterior, dijo Clara.

Pedro Lopez transmitió á los negros una orden en un lenguaje extranjero, áspero y gutural.

La chalupa dió una vuelta alrededor del barco y á alguna distancia.

Al pasar por debajo del espejo de popa, Clara leyó este nombre en letras de oro:

LA DESESPERADA

VIII

Este nombre había causado una gran extrañeza á todos los curiosos que habían ido en lanchas á ver de cerca el barco.

—¡La Desesperada! decían. ¡Valiente nombre para un barco pirata!

—¿Quién sabe si ese nombre guardará debajo una historia?

—¿O si será un capricho?

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuacion)

El marino dijo algunas palabras rápidas en frances á los marineros.

Estos eran negros como el buque, negros como la noche, singularidad que había llamado mucho la atención.

—Podeis pasar cuando gustéis, señora, dijo el capitán.

—Gracias, dijo Clara.

Y saludando al galante mozo, bajó las gradas del muelle asida del brazo de Pedro Lopez.

Debemos advertir, que las palabras que había dirigido el capitán del corsario á Clara, las había hablado en un español tan puro, como el que podía haber usado el más castizo habitante del centro de Castilla.

aplausos, excepcion hecha de quien habla; allí sabreis, con asombro, que cada primer actor ha muerto en desafio á seis ó siete periodistas...

Allí sabreis, por último, que el murmurar es una industria como otra cualquiera, que á veces produce resultados positivos, bajo la forma de una contrata, y que hay seres tan desgraciados que llegan á familiarizarse con la murmuracion hasta el punto de creerla una de las ocupaciones más naturales y propias de quien no tiene otra cosa que hacer.

Para semejantes industriales escribió un poeta dramático los siguientes versos:

...Por eso, si algun talento
desde cierta altura brilla,
á menoscabar su fama
se apresta traidora envidia.
Y cuando hundida en el cieno
su reputacion admiran;
cuando han llenado de lodo
aquella conciencia limpia,
celebran su loca empresa
con estúpidas sonrisas...
¡Quien tiene su honor en poco,
goza si el ajeno pisa!...

EL PUBLICO EN LOS TEATROS DE MADRID

COLECCION DE TIPOS COPIADOS DEL NATURAL

EN EL TEATRO REAL.

LOS PALCOS.

(Continuacion)

Aunque se cante muy mal una ópera en el teatro Real, el curioso observador halla bastante solaz y entretenimiento con mirar á los palcos, y puede dar por bien empleados los 34 rs. que le costó la butaca, y todavía será mayor su satisfaccion si la butaca la tiene gratis.

La historia de cada uno de los palcos del teatro Real seria una obra en más tomos que la de España que escribió el nunca bastante llorado D. Modesto Lafuente, y su lectura la más curiosa y entretenida que puede imaginarse. Cosas habian de saberse, si fuera posible escribir esa historia, que parecerían inverosímiles; en ella se hallarian terribles dramas, dolores tremendos, y al mismo tiempo escenas cómicas y hasta bufas, y sobre todo, si la obra se publicaba ilustrada con retratos, se verian allí las caras más bonitas de Madrid, ¡ay! y tambien las más feas.

Pero como yo no tengo ni tiempo, ni ingenio, ni datos bastantes para emprender semejante obra, habré de contentarme con una rápida ojeada á los palcos del teatro Real, continuando este boceto de costumbres para solaz de mis lectores, á quienes acaso proporcione en vez de solaz enojo y aburrimiento... Valga la buena intencion.

¡Jesus!... ¡pobre señora!... No se asuste el lector, no ha sucedido ninguna desgracia; es que acabo de ver en aquel palco bajo una señora con los brazos al aire, con los hombros al aire, con todo al aire, y me asombro de pensar el tormento que la buena señora se impone por el gusto de que vean sus ebúrneas formas los espectadores del teatro Real.

En verdad que es bella, sobre toda ponderacion, esa dama, y viene prendida con esquisito gusto, pero cuánto más seductora me parecería si guardase un poquito más sus atractivos. Aún me la figuraria yo más hermosa, aún supondriamos todos más seductores sus encantos, y sobre todo, no sufriria yo, mirándola, la pena que me causa ahora verla muertecita de frio; porque no hay remedio, esa pobre señora, mitad vestida y mitad desnuda, debe tener

IX

Al acercarse la chalupa al costado derecho del barco, dejaron caer desde el puente un precioso silloncito.

Parecia que lo habian prevenido.

Era de mucho más lujo que los que solian llevar otros barcos.

Dorado y con forro de terciopelo azul.

—No hay como ser buena moza, dijo desde una lancha inmediata uno de los muchos que habian solicitado en vano entrar á bordo.

—Sí, sí, esa es la desesperada, dijo la misma voz que habia pronunciado aquella palabra la primera vez.

Clara miró.

Entonces sorprendió al burlon.

Era un viejo que parecia muy calavera; pero Clara no le conocia.

Era, en una palabra, el marqués de Castro-Ponce, que conoció demasiado á Clara.

¿Cómo?

Lo sabremos más adelante.

Lo único que podemos decir es que Clara cobró una antipatía horrible al marqués, una antipatía violenta, una especie de horror, como si el marqués, la hubiera hecho mal de ojo.

—Yo no sé por qué ha de ponerse un nombre tan triste á una cosa tan hermosa.

—Eso es fanfarronada: eso quiere decir que se bate como una desesperada.

—No, no es eso.

—¡Quién sabe!

Estas y otras aclaraciones semejantes oia doña Clara al pasar por entre las otras lanchas.

Alguna vez oia decir muy cerca:

—¡Vaya una moza!

Y se irritaba.

Todos, todos la codiciaban ménos él.

Esto sucede con mucha frecuencia respecto á a las mujeres hermosas.

Que hacen pagar á sus adoradores con su desprecio la desesperacion á que las sentencia un ingrato.

De improviso oyó una voz que dijo:

—¡Si será esa que va en la chalupa del barco la desesperada?

Y se estremeció.

Miró al lugar de donde habia partido la voz, y nada vió.

La lancha, desde la cual se habian pronunciado aquellas palabras, habia pasado ya.

rio, mucho frio. Yo la miro y la admiro, pero tiritó, mirándola y admirándola. Con ella está el marido, tan sereno, tan indiferente, sin importársele un ardite, por lo visto, que todos los espectadores dirijan los gemelos á los hombros de su mujer, y que en aquel momento haya doscientos ó trescientos hombres que dirán para sus adentros; —¡Me la comería!... al mismo tiempo que devoran con los ojos la hermosura incomparable de la elegantísima señora. No sé qué debo admirar más, si la hermosura de la mujer ó la frescura del marido.

Deseando estoy, por vida mia, que la función concluya para que esa buena señora se vaya á su casa; porque me hago cargo de que está sumamente incómoda con el cuerpo metido en prensa, y los hombros y los brazos desnudos, y temo que una aguda enfermedad comprometa su vida, tan necesaria á sus hijos, porque esa señora tiene hijos... Ahora entra en el palco un viejo verde muy conocido, un calavera de sesenta años ó de muchos más, porque yo creo que es uno de los dos viejos que sorprendieron á Susana.

No quiero mirar más, porque me da rabia ver á ese sátiro al lado de la hermosa señora, mirándola con una insolencia y con tan livianos deseos, que no sé cómo el marido no le arrima una puñada en cada ojo. Pero si el marido no está allí... Ha salido á hablar con un ministro que está en las butacas, popularizándose, y luego subiría al paraíso, á ver si está en aquella elevada region una planchadora á quien protege.

El palco inmediato al en que hemos visto á la hermosa dama también atrae las miradas de todos, sobre todo las de las señoras. Ocupanlo tres damas, ó, mejor dicho, tres señoritas, que la más joven ya era una real moza cuando bailaba la Guy Stephan en el Circo, y allí las admiraba el ilustrado público todas las noches, y alguno que las cono-

ció en aquella época, y hoy anda el pobre ya con la barba por el suelo, asegura que estaban entonces como ahora. Y en verdad, ha de decirse que las tres señoritas, vistas desde una regular distancia, y por quien tenga ya tan debilitado el órgano visual, como lo tiene el caballero contemporáneo suyo, parecen tres jovencitas casaderas. Háganme ustedes el favor de no mirarlas á la cara, y les parecerán, en efecto, jóvenes las tres viejas, que viejas son más que Noé, viendo aquellos vestidos blancos, aquellos lazos de color de rosa, y aquellos prendidos tan coquetones...

Las tres hermanas son solteras, por su voluntad; no vayan Vds. á creer otra cosa, porque no han querido casarse; bien que las gentes murmuradoras cuentan de ellas ciertas historias, que no indican precisamente amor á la soltería, sino todo lo contrario, y el contemporáneo suyo que he citado, tiene en la memoria una lista muy numerosa de novios que fueron de las tres bellezas; pero yo me inclino más á creer á las hermanas, porque la verdad es que no pueden ver á los hombres, que los abominan cordialísimamente, aunque también abominan á las mujeres, es decir, que quieren mal á todo el mundo, según hablan en desprestigio y desdoro de todo el mundo.

Ellas averiguan todas las historias, todos los cuentos que inventa ó abulta la malicia, y su ocupación consiste en propagar todo aquello que puede ser en perjuicio de la buena opinión del prójimo, y tanto las preocupa esta tarea que no les deja tiempo de acordarse de la edad que tienen, y sobre todo de los mil y un detalles de su vida pasada. Van al palco, y cada una lleva sus gemelos con objeto de mirar todas á la vez y no perder el menor incidente, y sorprender todos los movimientos, todas las miradas de las personas conocidas y enterarse de quién entra y quién sale, á dónde mira la baronesa, quién está hablando con la mar-

X

El interior de *La Desesperada* era magnífico.

No se había perdonado gasto alguno.

A todas luces acababa de salir del astillero.

El equipaje era completamente de negros atléticos.

Clara bajó al entrepuente y reconoció las baterías con cierta delicia terrible.

—¿Son superiores estos cañones á los del *Vengador*? preguntó á Pedro Lopez.

Sí, porque son de más alcance.

—De modo que...

—No sé, hermosa señora, no sé... Francisco Estévan es terrible.

—Pero dicen que valé más la astucia que la fuerza.

—¡Ah! una traición...

—¿Y qué me importa? Lo que yo quiero es apoderarme de esa mujer.

—Pero no es tan fácil una traición, tratándose de Francisco Estévan.

—¿Quién sabe?

—Es verdad, él no puede adivinar que vos...

—Él no desconfiará si nosotros nos mostramos sus amigos.

—No.

—El no podrá creer que yo voy dentro de un barco semejante.

—No os recordará.

—¡Ah, me desprecia! Pues bien; veremos si dentro de algún tiempo me desprecia aún.

—¿No queréis subir á la cámara? Es decir, á vuestra cámara, porque hay dos.

—Sí, sí; subamos.

—Es preciosa: un pequeñito palacio, con un camarote muy capaz para dormir, y un tocador.

—¡Gracias!

—¡Ah! Con veinticinco mil pesos fuertes y una mala voluntad se puede hacer mucho: además, ¿de qué había de haberme servido á mí mis largos viajes por todas partes, especialmente por Mesopotamia, continuó diciendo Pedro Lopez, si no hubiera adquirido un excelente gusto?

XI

La cámara contentó excesivamente á Clara.

Aún no había acabado de verla cuando se presentó el capitán Lagrange.

—¿Sabeis algo del corsario? dijo.

quesa, y qué tal cara pone el marques; y de tal manera lo escudriñan todo, que ellas sí que podrían hacer la historia de los palcos del teatro Real, bien que recargarían tanto los colores en ciertos casos, que vendría á ser la historia por ellas escrita casi tan lúgubre y sombría como las novelas de Ana Radcliffe, y quedaría el lector lleno de pena y desencanto al ver que no había en la historia de tales autoras ni un sólo personaje que no fuera más malo que Cain.

¿Quiénes son aquellos esposos gordos, con aquella hija flaca, que ocupan el palco inmediato al de las tres hermanas?

Nadie les visita, nadie hace caso de la interesante familia, y ni el esposo, ni la esposa, ni la niña hablan una palabra, ni se mueven.

El esposo es D. Marcos Pipiritaña, consecuente liberal, que se ha enriquecido haciendo contratas de obras con el gobierno; era en remotos tiempos maestro de obras, y ahora tiene casas en Madrid, y una gran cruz, por liberal; y será milagro si D. Amadeo no le hace grande de España.

La niña, que es muy fea, se ha empeñado en tener abono en el Real, y allí van los tres todas las noches; el padre se duerme, la madre se aburre, y la niña parece que se quiere comer con los ojos á todos aquellos pollos de frac y chaleco escotado que van de aquí para allí en los entre-actos, luciendo su gallardía.

(Se continuará.)

—Sí, sí, señora: ayer estaba tranquilamente anclando en el puerto de Túnez y Francisco Estévan se paseaba en el puerto de Túnez con su mujer, lo mismo que hubiera paseado por el muelle de Cartagena.

—¡Ah! exclamó Clara, que recibía por la primera vez una noticia de Francisco Estévan: noticia que era la que le había hecho esperar con tanta ansia la llegada del barco durante algunos días.

—Aquella gente, continuó el capitán, está aterrada, y si Francisco Estévan quisiera destronar al Bey, lo conseguiría; pero según me dijo no ha logrado encontrar á Cide-Benabarre; éste se le escurre de entre las manos; pero le ha quemado ya su palacio de la playa de Túnez y ha pasado á cuchillo algunos de sus esclavos.

—Francisco Estévan acabará por agarrar á Benabarre preso.

—Eso me decía ayer por la tarde: ó el Bey me entrega á ese miserable, y que no puedo cogerle porque huye de mí, ó al Bey le ha de pesar.

—¿Y sabe ese corsario que puede cuando quiera volver á España sin peligro?

—No, porque me dijo: es muy doloroso estar lejos del suelo de la patria y no poder volver á ella; si no fuese por eso yo sería muy feliz.

CASCABELITOS

Varios sagastinos que aún tienen esperanzas en Don Amadeo, tratan, para mostrarle su interés dinástico, de presentar á las Cortes un proyecto de ley declarando abolido el reuma mientras exista la dinastía saboyana.

Se hacen esfuerzos para que esta proposición la firmen sagastinos y zorrillos, y se espera que Ruiz Zorrilla haga cuestión de gabinete su aprobación.

¡Pero, señores, los dolores de reuma se aplacan con bella-dona?

El Sr. Sumsi, médico de cámara, ha hecho dimisión.

Habría sido porque fue llamado otro de los médicos de cámara.

¡Digo, hasta al médico le ha dolido el reuma de Don Amadeo!

El drama del Sr. Nuñez de Arce, *El haz de leña*, es una de las mejores obras del teatro contemporáneo. Caracteres, situaciones, admirables pensamientos, exacto colorido de la época, todo lo reúne esta bella obra, que demuestra el elevado talento del autor, á quien damos la más cumplida enhorabuena.

Respecto de la ejecución, es justo decir que Matilde está como siempre, es decir, admirable, y que Catalina interpreta con gran acierto el difícil papel de D. Carlos, sobre todo en las escenas del último acto, que son de gran empeño. Oltra, muy bien.

—Pasado mañana, dijo Clara cortando bruscamente la conversacion, partimos, señor capitán: yo vendré al amanecer, disfrazada; mañana se enviará mi equipaje.

—Muy bien, señora, todo estará dispuesto; ¿no quereis refrescar?

—No, gracias; volvamos á Cartagena, Pedro.

Un cuarto de hora despues estaban en el muelle, al lado de D. Serafin y de su familia.

—¿Y qué tal? dijo el mercader: ¿mejor que el *Vengador*?

—Pues ya lo creo, con tercio y quinto, dijo Pedro Lopez.

—Pues la verdad es, dijo D. Serafin, que al barco le hace el capitán: ha de ir en una cáscara de nuez Francisco Estévan, y aquella cáscara será un navío de tres puentes.

¡Oh! sí, dijo Clara por abreviar una conversacion que la mortificaba; pero estoy cansada, D. Serafin, me he mareado algo y me voy á casa.

—Nos vamos todos, dijo D. Serafin.

Y se pusieron en marcha.

Poco despues se despedían, y cada cual entraba en su casa.

Pedro Lopez tiró para la suya, murmurando:

—¡Oh! cada día estoy mas loco por ella.

(Se continuará.)

Felicitemos al Sr. Nuñez de Arce y á la empresa del Circo.

Ya hay otro puntito negro; un collar comprado para que lo luzca el presidente del Tribunal Supremo, y que parece ha costado más de lo regular.

Gastar 6 ó 7.000 duros en un collar, me parece una atrocidad.

De los que tuvo mi pobre perro, que ya no existe, el que más me costó no llegó á 20 rs.

En el círculo alfonsino han triunfado, como no podía ménos, las ideas de conciliación contra las intransigentes de algunos moderados, muy respetables, pero que por sí solos no podrian hacer mucho en favor de la causa que defienden. Ya lo hemos dicho, el príncipe Alfonso no debe ser símbolo de un sólo partido; debe ser, por el contrario, el de la union de los españoles, cansados de tantos desastres revolucionarios y de tanta política infecunda y perturbadora; y lo que ha de procurarse es que alrededor del inocente niño se agrupen, sobre todo, los que no tienen ambición de mando, ni honores, ni otro deseo que el bien del país y la tranquilidad, el trabajo y ser gobernados por españoles, y no por italianos.

Dicen que han venido unos asturianos á ofrecer el Principado de Asturias á un señor... ito, como diria *El Cohete*, hijo de S. M., reumática. ¡Qué irrisión! Esto es un Carnaval de todo el año.

La sublevación de San Gil, los asesinatos en el cuartel, la rebelión de la Marina y todo lo demás fueron acciones heroicas, como que han dado por resultado que sean ministros Ruiz Zorrilla y Becerra y Sagasta, etc., etc.; pero ahora, cuidadito con sublevarse, ahora no hay que empujar, ahora es cuando hay que obedecer y postrarse de rodillas ante el susodicho Zorrilla y sus compadres Martos, Rivero, Becerra y Coronel y Ortiz.

Peró, ¿cuándo vuelven estos personajes á la emigración?...

Era en la guerra de Africa.
Cerca del Serrallo estaba acampado un regimiento.

La escena pasa en una tienda de oficiales.
Todos duermen tranquilamente, ménos uno que de pronto suelta un tiro, que despierta sobresaltados á sus compañeros de tienda y á todo el regimiento.

—¿Qué es eso? ¿qué pasa? le preguntan.
—No alarmarse, es que habia aquí un raton y le he pegado un tiro para que no nos fuera á despertar.

Ya es general el autor de este hecho.

Por un error material, en nuestro artículo del último número *Los jaques de la torre*, se puso en el segundo título «Juego de tresillo,» debiendo decir: *Juego de ajedrez*.

El domingo último hubo en casa de Rivero un almuerzo, hasta allí.

A las cuatro todavía duraba.

Rivero dijo que convenia el *apiñamiento* de los radicales para salvar esto, es decir, para seguir ellos mandando y haciendo mangas y capirotos del país.

Pues aunque tanto se *apiña*,
y se *apiña* ese partido,
muy pronto tengo entendido
que se le *acaba la viña*.

A los oficiales y jefes de artillería, barbaramente asesinados el 22 de Junio del 66, no crean Vds. que selles asesinado por otra cosa sino porque no quisieron tomar parte en el motin.

Así dicen ahora los que estaban en aquella conspiración.

Lo que ahora se oye, no se ha oido nunca, ni hubo nunca tanto descaro.

La empresa del teatro Real ha encontrado este año el filon en *Los Hugonotes* y *Dinorah*.

En esta última ópera ha logrado uno de los mayores triunfos artísticos que hemos presenciado, la señora De-Maesen, que representa y canta á las mil maravillas el interesante papel de protagonista. ¡Qué garganta tiene esa señora!... Dios se la conserve.

La señora De-Maesen, á quien el público no recibió con agrado en otra ópera, ha ganado en *Dinorah* las simpatías de todos, y estamos seguros de que será una de las artistas más apreciadas y aplaudidas en Madrid.

Algunos periódicos dicen horrores á propósito de la enfermedad de D. Amadeo. No se hablaría así seguramente de ninguna otra persona.

Si D. Amadeo llega á ver en esos periódicos cómo se le trata, estando enfermo, no dudamos que su mayor anhelo será volverse á su país, de donde no debió salir para venir á ser rey de España.

Por nuestra parte deseamos que D. Amadeo se restablezca de su dolencia, y que comprenda que ni á él ni al país conviene su reinado.

El otro dia fué detenido un hombre que en la fonda pagaba el gasto que habia hecho, dando monedas falsas. Registrado, se le encontraron algunas más.

Llevaronle á la cárcel, y el encargado del registro le preguntó:

—¿Qué oficio tiene V.?.
—*Ensayador de metales*, contestó.

—¿Cómo?...
 —Sí, señor, todo el día estoy haciendo ensayos para pa-
 sar estas monedas falsas.



D. Ramon de Manjarres, director de la escuela de Inge-
 nieros industriales de Barcelona, acaba de publicar una
 obra excelente, bajo el modesto título de *Memoria sobre el
 mejoramiento de nuestros aceites y necesidad de presentarlos
 bien elaborados y clarificados*. Nos hace más gracia que los
 ingenieros se ocupen de eso que de mangoneadores de la po-
 lítica. Los cosecheros deben estudiar ese libro, que les será
 de gran utilidad.



Hemos tenido ocasion de probar el *Vermouth catalan* de
 Sallés, que es el gran regularizador del estómago, y no
 vacilamos en recomendarlo á las personas delicadas de es-
 tómago, seguros de que hallarán un gran alivio.

Los radicales no lo necesitan, porque ellos tienen muy
 buen estómago; pero los no revolucionarios lo necesitamos
 grandemente, porque los de la *gloriosa* nos lo han echado á
 perder.

Tal asco producen ciertas cosas.



En Cádiz se ha establecido la *Sociedad protectora de los
 animales y las plantas*, que ya existe en las más adelantadas
 naciones, y tanta falta hacia en España, donde se trata
 tan mal á los animales y se cuida tan poco de las plantas.
 Verdad es que tampoco á los racionales se les trata muy
 bien. Diganlo los maestros, el clero y los tenedores de cu-
 pones.

Yo soy socio ya de la *Protectora de los animales y las
 plantas*, y aprecio más este título que si me diera un rótulo
 de Castilla. D. Amadeito.



Cosas del mundo se titula un libro que ha dado á la es-
 tampa el jóven D. Alvaro Romea, hijo de los excelentes
 artistas Sr. Romea (D. Florencio) y Sra. Palma. Contiene
 este libro tres preciosos poemitas, inspirados por los que
 del mismo género ha escrito el inimitable Campoamor.

Bello es el libro del Sr. Romea, y nos revela un poeta
 inspirado, tierno, y ya filósofo profundo, á pesar de su en-
 vidiable juventud.



Más de setenta días lleva preso el señor coronel Solís.

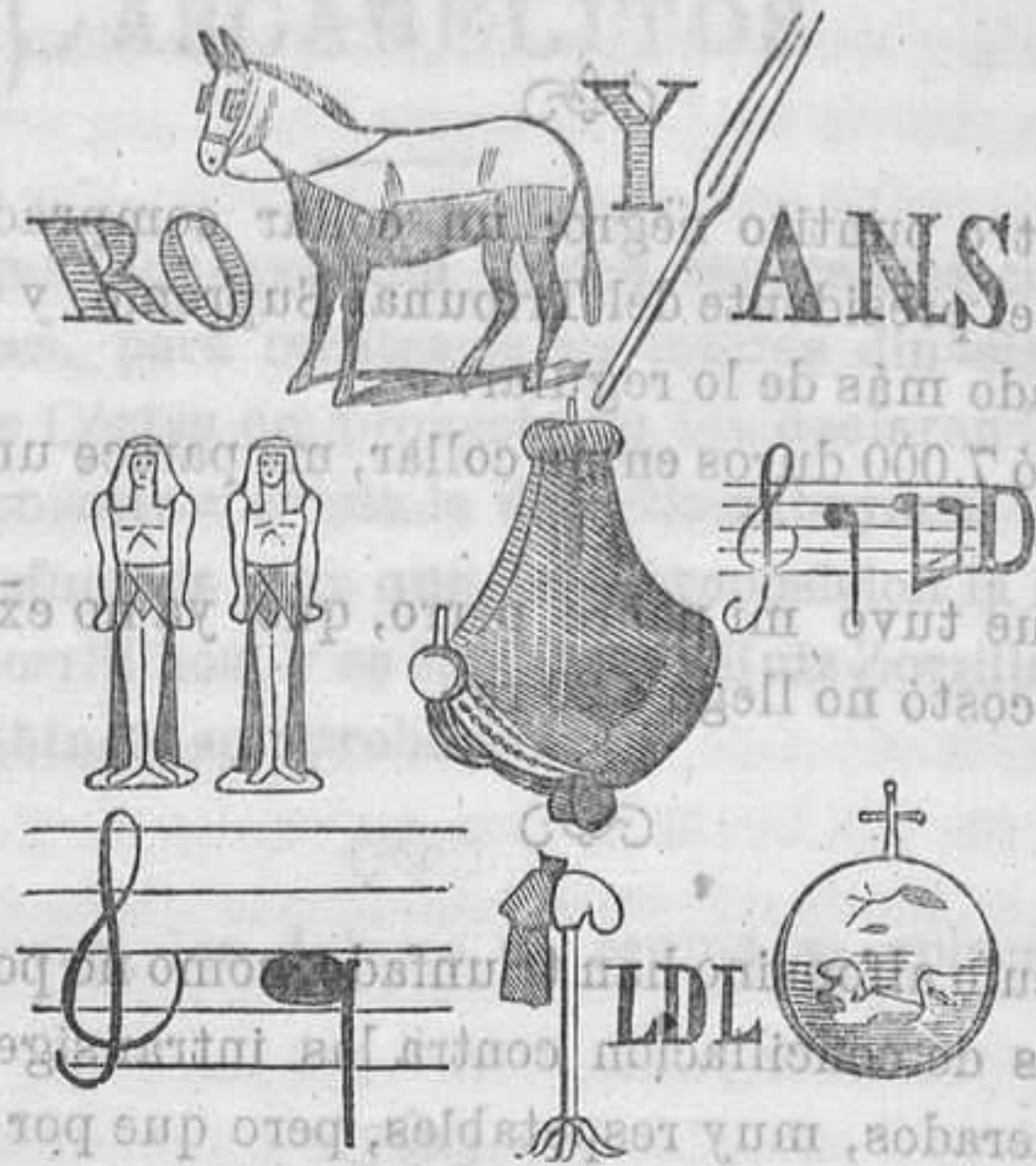
Y preguntamos con el debido respeto:

¿Es justo prolongar de este modo la penosa situación
 en que se halla el Sr. Solís?... ¿No ha habido ya tiempo
 bastante para saber si hay motivo para que el Sr. Solís esté
 preso?... Sí, como cree todo el mundo, el Sr. Solís resulta
 completamente ajeno al horrible crimen, ¡qué tristes con-
 sideraciones podrán hacerse sobre lo que sucede en España!



El Sr. Nieva ha escrito una bonita novela que se titula
A la luz de un fósforo, la que creemos empezará á publi-
 carse muy pronto.

JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

OBRA NUEVA Y DE OPORTUNIDAD

VIAJE ELECTORAL

HECHA CON LA BOLSA ACUESTAS Y EL CUERPO MOLIDO A PALOS
 POR BARVIC

A LOS INFIERNOS DEL SUFRAGIO UNIVERSAL

Un elegante tomo; se vende á seis reales en Madrid, y
 se remite á provincias á quien envíe ocho reales.

Dirigir los pedidos á la Administración de *Los Niños*,
 plaza de Matute, 2.

CUENTOS DE SALON

Están de venta los tomos publicados, y son los si-
 guientes:

Una perla en el fango, por Teodoro Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Carlos Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por
 Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro, por Guerrero. Dos tomos.

El Hijo del Sacristán, por Frontaura. Dos tomos.

Se venden á 4 rs. en la administración, plaza de Ma-
 tute, 2, y en las librerías de Madrid. En provincias, 5 rs.
 cada tomo.

En fin de Noviembre se publicará *La Manzana de la
 discordia* y *El sueño de la felicidad*, por Guerrero. Un tomo.

LOS NIÑOS

Preciosa publicación para la infancia y la juventud,
 ilustrada con magníficos grabados. Sale tres veces al mes.
 Su precio, 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 al año, en Ma-
 drid, y 15, 28 y 50 respectivamente en provincias. Se han
 publicado cinco magníficos tomos con unas 500 láminas: 24
 reales en Madrid cada tomo, y 30 en provincias.

EL GRAN REGULARIZADOR DEL ESTÓMAGO.

VERMOUTH CATALAN DE SALLES.

APROBADO Y RECOMENDADO POR LA M. ILTRE. ACADEMIA DE MEDICINA
 Y CIRUJIA DE BARCELONA, OTRAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS
 Y PROFESORES MÉDICOS.

Las personas aquejadas de debilidad en el estómago y
 demas afecciones del mismo, con el uso de este vino se ve-
 rán libres de sus dolencias. Depósito en las principales po-
 blaciones de España. Representante en Madrid, D. Pedro
 Serra y Matas, calle de Alcalá, núm. 19, duplicado, 4.º, y
 para los pedidos al por mayor dirigirse á D. SALVADOR SA-
 LLES, Sans, provincia de Barcelona.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).